

Remedios Zafra, *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, Barcelona, Anagrama, 2017, 260 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.XL-XLIII>

La última edición del Premio Anagrama de Ensayo resolvió otorgar su galardón a la obra de Remedios Zafra *El entusiasmo*. Desde su subtítulo, *Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, la obra nos adelanta la tesis que su autora va a defender: las nuevas tecnologías otorgan una facilidad para la labor creadora impensable hace años, pero a la vez lastran al creador atándolo a un trabajo precario y mal pagado. Así puede resumirse, de forma muy simplificada, el argumento que Remedios Zafra va a ir desentrañando.

El ensayo se construye a partir de la combinación de secciones puramente ensayísticas con secciones narrativas en las que el lector sigue las peripecias de Sibila (percíbase la intencionalidad del nombre), arquetipo de aquel con vocación creadora o intelectual que trata de lograr espacios para seguir creando y pensando, pero que tiene que sobrevivir en un mundo donde la remuneración económica se obtiene por otras vías. El joven que Sibila encarna persigue una tarea creativa o intelectual, pero sistemáticamente la pospone a la espera de encontrar espacios más propicios, ya vengan éstos bajo la forma de un trabajo estable, el final del proceso de formación y evaluación o de competición por becas y trabajos, una autonomía económica o un apartamento digno.

La consigna que defiende la autora es que en la sociedad actual el éxito académico o creativo corresponde al más entusiasta, al que más sacrificios y renunciaciones es capaz de realizar; a lo que se añade que el premio radica únicamente en lo intangible, ya sea una línea en un curriculum o una obra mencionada en un artículo, pues muy a menudo la actividad no tiene un sueldo o, incluso, cuesta dinero. Zafra ataca un sistema en el que la intervención en congresos y exposiciones o la publicación en determinadas revistas tiene un importe económico asociado, pero a la vez son méritos por los que hay que competir para obtener un empleo, denunciando explícitamente este pagar por trabajar que sustenta parte del edificio científico y artístico.

El libro supone una crítica necesaria a las condiciones laborales –cuando se da la fortuna de contar con ellas– a las que se enfrentan los creadores en un contexto donde las herramientas digitales han favorecido la creación pero, desde otro punto de vista, la han devaluado. La escasez de trabajos de calidad parece compensarse con la multitud de espacios digitales que favorecen la creación individual y la proliferación de prácticas remuneradas o no. Es un

hecho que las posibilidades de ser creador se han ampliado y en consecuencia también lo ha hecho el número de autores –Zafra no profundiza en una pregunta quizá conflictiva: ¿hay demasiados autores? –. Añadido al prestigio de la creación, se ha convertido ésta en una actividad que supone en sí misma una recompensa, y que por tanto no tiene por qué retribuirse con un sueldo, sino que en muchas ocasiones la recompensa no es sino la propia satisfacción. La aceptación de estas reglas –disfrazadas de colaboración– conlleva su perpetuación y, tristemente, la conversión de actitudes como la solidaridad y la cooperación en precariedad. Este es el riesgo, parece decir Zafra, y si la solución está en un equilibrio la consecuencia pareciera ser reducir las aportaciones altruistas al sistema: decir no a las oportunidades, bordear o aceptar el fracaso se plantean entonces como acciones liberadoras.

A la vez, el ensayo explora los aledaños no siempre luminosos del concepto de entusiasmo, que divide en entusiasmo íntimo y entusiasmo inducido, favorecido este último por los mecanismos del mercado. Desde la cita inicial de Laura Bey (“¿Cómo elegir al triste si está el entusiasta?”), a lo largo del volumen se va desbrozando la complejidad de un concepto que en la situación que plantea la autora tiene mucho de máscara ante los demás y ante uno mismo.

Desde su punto de vista, la pasión creadora conlleva en la actualidad una autoexigencia para estar siempre presente, favorecida por las redes sociales y otras herramientas de internet. La lucha por un espacio en el campo literario (Bourdieu) y la creación de una imagen de autor (Maingueneau, Amossy) exacerbada por los medios digitales son las actitudes clave, porque estar presente y dispuesto es la única vía para el creador de seguir creando. Pero el entusiasmo, afirma Zafra, corre el riesgo de convertirse en un disfraz que termina por ahogar el propio pensamiento.

La autora reflexiona sobre los itinerarios aparentemente objetivos que deberían conducir al éxito, pero que se convierten en un bucle sin fin en el que se suceden labores que bordean la creación y el pensamiento pero que no están dentro de ellos. Así ocurre que el entusiasta científico va acumulando grados, másteres, evaluaciones, acreditaciones, estancias, y el entusiasta creador exposiciones, menciones, participación en catálogos, en antologías, relegando la verdadera labor creadora, que o bien se posterga indefinidamente o bien se toma como excusa para superar los hitos mencionados. Como hace evidente la autora, todos ellos son escalones que deberían conducir a la creación (al entusiasmo íntimo), pero en realidad la frenan ocupando su lugar.

A denunciar la cuantificación (“cultura indexada”) dedica Zafra parte del espacio en el que reflexiona sobre la academia. La proliferación de medios

cuantitativos para medir la producción investigadora (número de artículos, citas, publicación en revistas de prestigio, índice H), favorecen el dónde y el cuánto, en detrimento del qué se investiga y con cuánta calidad.

La novedad de este ensayo a la hora de confrontar las dificultades para sobrevivir en el mundo de la academia o de la creación artística radica en la incorporación de la dimensión que introducen las nuevas tecnologías y en alumbrar la responsabilidad de una actitud entusiástica que termina generando precariedad. Internet contribuye para Zafra a amortiguar las consecuencias de esta forma de vida, pues diluye la soledad, permite estar permanentemente conectado y favorece el intercambio, pero a la vez incentiva el individualismo y la competición.

No deja de ser trágica –pese a que resulta clarividente– la aproximación al entusiasmo creador como generador de precariedad. Zafra lo lleva a cabo con un estilo muy personal, más allá de la combinación entre narración y exposición, que acude a imágenes sorprendentes para ilustrar los contornos de una sociedad eminentemente tecnológica. Entusiasmo, precariedad y redes digitales apelan a la experiencia compartida actualmente por gran cantidad de jóvenes que viven a la espera –del siguiente trabajo, del siguiente destino, del siguiente apartamento que se puedan permitir–, posponiendo lo que fruto de su libre creación y reflexión debiera ocupar buena parte de su tiempo.

Otra característica particular de esta aproximación es la introducción de la perspectiva de género al abordar el problema. A partir de la distribución tradicional por géneros de las tareas domésticas, Zafra plantea la necesidad de una reconceptualización del concepto de trabajo, donde no siempre está presente una transacción económica. Los empleos creativos, señala, muy a menudo se comprenden del mismo modo que el trabajo doméstico: “Alimentar un sistema apoyado en el entusiasmo y en la suficiencia de un pago inmaterial es otro factor que nos resulta tristemente familiar. Bien promoviendo la resignación o bien sustentándose en la idealización de prácticas vocacionales, afectivas y altruistas, allí habita mucha precariedad feminizada, ese terrorífico mito de las mujeres que ya están pagadas con el «amor que reciben»” (200).

Estos son los aspectos fundamentales que se exploran en el ensayo. El entusiasmo aunado a las nuevas tecnologías, afirma Zafra, permite –aparentemente– la creación al margen de condicionamientos económicos, aunque la realidad es que todo creador necesita unos medios económicos con los que mantenerse. Los que el trabajo creativo e intelectual ofrece son insuficientes, tanto en número como en cantidad. Pero, sin embargo, como afirma al comienzo del ensayo, “sucumbir a la idea de que solo los ricos

pueden ser realmente libres para crear es algo a lo que cabe resistirse” (58). Como reverso a estas dos situaciones, la persona que busca vivir de su pasión creadora está destinada (aunque cueste asumirlo) a una precariedad económica y personal. La libertad de creación surge, según apunta el final del ensayo, cuando se toma la elección de no buscar una recompensa externa – económica, pero también de reconocimiento por parte de otros y de uno mismo cuando éste depende de elementos ajenos a los logros creativos–, y dedicar el tiempo que el trabajo remunerado deja libre a lo que verdaderamente se corresponde con el propio entusiasmo. La solución de Zafra pasa por el rechazo al entusiasmo inducido para lograr el entusiasmo íntimo, aun cuando deba renunciarse –exigencias del mercado– a que uno viva de su pasión. Deja al lector la libertad de concluir si esta es la única opción posible y si es la opción deseable.

En conclusión, desde la experiencia individual de la generación entusiasta pero precaria que inspira el ensayo (“En los últimos tiempos he observado a decenas de compañeros y estudiantes, a amigos, a colegas y a mí misma transitando por esta precariedad”, 219), Zafra nos conduce hasta el conflicto de clase y de género que se oculta bajo el aparente triunfo de una generación preparada que oculta sin embargo un conjunto de individualidades cansadas y solas.

ROCÍO BADÍA FUMAZ
Universidad de Deusto
rociobadia@deusto.es